

salud, ejecuta con facilidad los trabajos que le fueran imposibles si estuviere flaco ó enfermo... Vivamos, pues, siempre en estado de gracia y no sólo nos será posible, sino también fácil guardar los preceptos divinos. El otro género de gracia que se llama *actual*, es un socorro que nos comunica la bondad de Dios, cuando lo necesitamos. Un socorro de semejante naturaleza es el que fortificaba á S. Lorenzo sobre las parrillas, y á los otros mártires en medio de sus tormentos. Son también gracias actuales esas luces, esos buenos movimientos que ilustran, sostienen y dirigen á los buenos cristianos en medio de las dificultades que puede ofrecer á nuestra naturaleza caída la observancia de los mandamientos de Dios... Pues bien, en nuestra mano tenemos un medio infalible, para obtener estas gracias; tal es la oración... Hermanos carísimos, una madre piadosa decía á su hijo que llegó á ser santo ¹. « Hijo mío, en las tentaciones dí á la santísima Virgen: Mi buena Madre, venid en mi auxilio, y ella te ayudará. » Yo también, os digo, cristianos, que en las dificultades que encontréis en la observancia de los mandamientos de Dios, digais á vuestro Padre celestial, á nuestro divino Salvador, á su dulce y tierna Madre la Virgen María. Venid en mi auxilio, y estad seguros que ellos os ayudarán... Así sea.

1. El Beato Crispin de Viterbo.

TERCERA INSTRUCCION.

PRIMER MANDAMIENTO.

PRIMERA INSTRUCCION.

ESTAMOS OBLIGADOS A ADORAR A DIOS ; DE QUE MANERA DEBEMOS ADORARLE.

TEXTO. — *Dominum Deum tuum adorabis et illi soli servies* : Adorarás al Señor tu Dios, y á él solo servirás.

(Matth. cap. iv. v. 10.)

EXORDIO. — Hermanos míos, cuéntanos el Evangelio, que más de una vez los Escribas y Fariseos que eran los enemigos de nuestro divino Salvador, probaron de ponerle en conflicto, proponiéndole cuestiones difíciles, mirando de sorprenderle en sus palabras y de comprometer su sabiduría; vanas tentativas que acababan siempre por volverse contra ellos y servían para confundirlos más!

Un día apiñáronse ellos en gran número alrededor del mismo, y le abrumaban de preguntas á las cuales respondía el Señor con una calma perfecta y con una prudencia divina. — Maestro, le decía uno, ¿ débese pagar el tributo al César? — La moneda, respondió él, lleva la efigie del César; dad, pues, al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios... Apenas había acabado de probar á otro la resurrección de la carne, cuando un tercero se le acerca y le hace esta pregunta: ¿ Maestro, cuál es el principal mandamiento de la ley de Dios?... ¿ Quería acaso instruirse? Es posible que sí ¹... ¿ Pretendía tentar su sabiduría?... ¿ quién sabe? ... Pero escuchad la respuesta que le hizo nuestro amoroso

1. Véase S. Marcos, c. xii, v. 94.

2. S. Mateo dice; *tentans eum*. c. xxii, 35.

Salvador: « El primero y principal mandamiento es este: Sépas, Israel, que el Señor tu Dios es un solo Dios; amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas. He aquí el primero y principal mandamiento; el segundo es semejante á éste y de él deriva naturalmente: Amarás á tu prójimo como á ti mismo. En la observancia de estos dos mandamientos se incluye todo lo que enseñan la ley y los profetas. » — Maestro, contestó el interlocutor, habeis respondido sabiamente. Amar á Dios con todo su corazón, con toda su alma, y al prójimo como á sí mismo, son cosas mas meritorias que todas las ceremonias exteriores¹. »

Estas palabras, hermanos míos, nos manifiestan, cual es la dignidad, la importancia del primer mandamiento de Dios; pues él encierra en cierto modo todos los demás. Amar á Dios es adorarle, es obedecerle, es hacer todos los esfuerzos posibles por no ofenderle, es, por consiguiente, observar todo cuanto él nos prescribe.

PROPOSICION. — Serán necesarias muchas instrucciones, para explicar este primer mandamiento. Dios es nuestro soberano Dueño, nuestro Criador, nuestro Padre, nuestro incesante Bienhechor. Todos estos títulos nos imponen deberes que debemos conocer, para cumplirlos exactamente. Esta mañana nos limitaremos á hacer algunas consideraciones generales, y mas tarde entraremos en detalles prácticos...

DIVISION. — *Primeramente.* Estamos obligados á adorar á Dios; en *segundo lugar*; como debemos adorarle. He aquí los dos puntos que vamos á deslindar de una manera que todos podais entenderlos bien.

Primera parte. — Ciertamente, hermanos míos, no creo necesario detenerme en probaros, que existe un Dios, criador de este universo, y cuya Providencia conserva y gobierna todo lo que existe; tampoco repetiré todo lo que os tengo dicho de sus perfecciones infinitas en las explicaciones del Símbolo²... Sería, en

1. Marc. xii, 29 y siguientes.

2. Véase el tomo segundo de este *curso de instrucciones populares*, en que se trata del *Símbolo de los Apóstoles*.

verdad, dar nuestra de una ignorancia estúpida ó de una impiedad la mas insensata el negar la existencia de este soberano Dueño... Pero no han faltado hombres que han pretendido, que nosotros ningun deber teníamos que cumplir para con él; y aun en nuestros días no es cosa rara hallar entre gente bautizada personas, que no cuidan de tributar á Dios ninguna clase de obsequio. ¡ Quizás se pasan meses y años enteros sin dirigir á su Criador el menor ruego, ni un solo acto de adoracion! ¡ Qué monstruosa ingratitud!... Pero entre vosotros, gracias á Dios, no se hallan personas semejantes; á vosotros, pues, he de dirigirme y á vosotros he de instruir...

¿ Qué quiere, pues, decir adorar á Dios? « Es, dice el Catecismo tributarle el respeto y honor que le debemos, como á nuestro soberano Señor y Dueño, de quien dependemos en todas las cosas. » Adorar á Dios es reconocer que Él es eterno, omnipotente é infinitamente perfecto con todo linaje de perfecciones. Adorar á Dios es reconocer tambien que Él sólo es el autor de todo cuanto existe, que es el Dueño absoluto de todas las criaturas, y que puede á cada instante sumergirlas de nuevo en los abismos de la nada, de donde las sacara. Esta alta idea del poder y de las perfecciones de Dios nos penetra de admiracion, de respeto, de amor y de reconocimiento. Pues bien, el conjunto de estos sentimientos, nacidos en lo íntimo de nuestros corazones y manifestados por signos exteriores, constituye la adoracion que debemos á Dios.

Este género de homenajes es debido á Él solo, porque sólo Él es el soberano Señor y Dueño. Los ángeles, los santos y la misma Virgen María no son mas que criaturas; Dios soberano es á quien deben la existencia, los dones, de que se hallan adornados y el crédito de que gozan. Nosotros les rogamos, les veneramos; pero no los adoramos. Sería un verdadero crimen, una idolatría ofrecerles el culto que sólo se debe al Supremo Dueño. Mas vos, ¡ oh soberano Dios, por cuántos títulos merecis nuestras adoraciones! ¿ Era acaso menester, que impusieseis al hombre, vuestra criatura predilecta, la obligacion de adoraros? ¿ Podía por ventura ignorar vuestra grandeza y despreciar vuestro poder la razon, la inteli-

gencia, esta alma formada á vuestra imágen y unida por vos al fango de nuestro cuerpo? Pero; ¡ ay! así sucedió, hermanos carísimos... Tanto antes, como despues del diluvio, los hombres, extraviados por sus pasiones, adoraron los dèmonios bajo formas diversas y les ofrecieron homenajes como á soberano Dueño... De aqui la necesidad de este mandamiento divino: « A un solo Dios adorará etc ¹.

Mas aunque no existiera este precepto, nos quedara todavia la obligacion de tributar á Dios el culto supremo de adoracion. ¿ No posee Él por su propia naturaleza un dominio universal sobre cuanto existe?... Consideradlo y reflexionadlo bien. ¿ Hay por ventura un solo sér, que pueda luchar contra su poder?... No hablemos ya de la creacion; decidme, ¿ qué mano empuja y dirige los astros á través del espacio? Quién manda al sol iluminar al universo? Reyes de la tierra, potentados del mundo, ¿ sois acaso vosotros quienes manteneis suspendidas las nubes en los aires y las haceis caer convertidas en lluvia en nuestros campo?... ¡ Sabios de la tierra, enseñadnos los antros, en que se forman los vientos; venid á mandar al rayo!... ¿ Quién, pues, ordena la sucesion y renovacion de las estaciones?... ¿ Quién derrama sobre este mundo la misericordia ó el castigo?... ¿ Eres tu, o Satanás, por pedoroso que seas, quien sostiene la tierra por sus dos polos y la sacude para hacer caer al impío ²?... No, no; Dios solo es el soberano Señor y Dueño... De rodillas ante Él; que las cabezas, tanto las mas elevadas como las mas humildes, se encorven ante su Majestad suprema...

Además, hermanos carísimos, nosotros como cristianos tenemos una obligacion especial de adorar á Dios, obligacion que nos impone la ley de la gratitud... No sólamente somos nosotros criaturas de Dios, sino que somos de una manera especial hijos suyos, redimidos con la sangre de su Hijo y consagrados á su servicio por el santo Bautismo... ¡ Oh Dios, o Majestad soberana, por cuántos títulos mereceis nuestras adoraciones!...

1. Cf. Sto Tomás. Sum. Teolog. 2^a 2^a Quest. LXXXIV, art. 1.

2. Job, xxxviii.

Os adoramos, pues, nos postramos en el polvo ante vuestra grandeza; vos sois nuestro absoluto Dueño, nuestro soberano Señor; á vos debemos la existencia, á vos debemos todo cuanto somos; dignaos aceptar con agrado el homenaje de nuestra sumision y dependencia.

Segunda parte. — ¿ Cómo ó en qué manera debemos adorar á Dios?... Sin duda, hermanos míos, que vosotros conoceis á ciertos hombres y á ciertas mujeres quizás, que se forman una religion á su manera y de la que recortan ellos, sino todos los deberes del cristiano, á lo menos aquellos que se oponen mas á sus inclinaciones y les parecen mas difíciles... Sujetémoslos por un instante á un interrogatorio. Pero, mi querido hermano, mi buena hermana, vosotros ya no sois cristianos, porque vivís como verdaderos paganos... jamás vuestros hijos os han visto doblar la rodilla para adorar á Dios, para dirigir por la mañana y por la noche vuestras oraciones á aquel Dios que os ha dado y conserva la vida. Vosotros asistís muy raramente á la santa Misa, que es el acto de adoracion por excelencia. — Ah, dicen ellos, es que no tengo tiempo, no soy por esto un impío..., tengo tambien mi religion y adoro á Dios á mi manera. — ¡ Si, ¡ teneis vuestra religion; ¡ puede ser! Pero ¡ cuidado! vuestra religion no es la que Jesucristo ha establecido ni la que la Iglesia nos enseña... Vosotros, decís, adorais á Dios á vuestra manera. Está bien; pero seamos francos, vosotros no le adorais del todo. No obstante quiero suponer, que en efecto le adorais á vuestra manera; y ¿ qué importa, si esta manera no es la buena, si no es la que exige de vosotros vuestro soberano Señor? ¡ Cuántas veces hemos oido á impíos ó ignorantes, que nos hacían estas mismas respuestas necias é indignas de un hombre sensato! Decidme, hermanos carísimos, si un sastre os llevase un vestido hecho de mil remiendos extraños y mal colocados, ¿ lo recibirais vosotros, aunque él os dijera: mi modo de trabajar es este; lo he hecho á mi manera? Ciertamente que no. Vosotros le diríais: Puesto que soy yo el que paga, vos debeis trabajar á mi gusto... Así tambien el Dueño soberano que nos ha criado y que debe en algun día recompensarnos, quiere ser

servido y adorado en la forma que Él mismo nos ha prescrito....

Ahora bien, como él nos ha dotado de alma y cuerpo, nos exige muy justamente la adoracion del alma y la adoracion del cuerpo, esto es, un culto interior y exterior... Sin duda que el culto que el alma tributa à Dios, es el mas importante. Es la base, el fundamento, en que descansan todas las ceremonias y todos los actos del culto exterior... Por esto una vez instruyendo nuestro Señor à una mujer de Samaria, le decia, entre otras cosas, lo siguiente: « El Padre Eterno, el Dueño soberano desea y quiere no adoraciones que se limiten à simples ceremonias exteriores, sino hombres que le adoren *en espíritu y en verdad*¹. »

Damos à Dios la adoracion interior que reclama de nosotros, cuando le sometemos todas las facultades de nuestra alma. O Dueño soberano del cielo y de la tierra, vos sois la Sabiduría y la Verdad eterna. Cuando vos os dignais hablar à los hombres, su espíritu debe someterse con toda humildad y creer sin vacilacion de ninguna clase todo lo que les enseñais. En esto consiste, hermanos míos, la adoracion interior de nuestro espíritu, de nuestra inteligencia, cuya adoracion no es otra que la Fé... Mas, por su infinita misericordia Dios nos ha hecho algunas promesas: « Para vosotros el cielo, nos ha dicho, para vosotros ese magnífico reino del Paraíso, si permanecéis fieles. Que no os arredren las dificultades, que no os haga retroceder ningun obstáculo, rogadme, dirigios à mí con humildad y confianza, y os daré todos los socorros necesarios. » O Padre celestial, mi corazón me dice, que vos sois bueno, que vos realizaréis vuestras promesas, yo espero en vos: hé aquí la adoracion de la Esperanza... Si amamos à Dios con todo nuestro corazón y mas que à todas las cosas; si nuestra voluntad se somete humildemente à sus leyes; si preferimos morir antes que ofenderle, entonces tributamos à Dios el culto de la Caridad... En las instrucciones siguientes procuraremos desarrollar estos pensamientos; pero desde ahora podeis comprender que la Fé, la Esperanza y Caridad son las tres virtudes, en que debe fundarse la adoracion interior.

1. Joan., IV.

Digamos sólo dos palabras sobre el culto exterior, del que volveremos à hablar mas tarde. Dios ha querido siempre que el culto exterior anduviese junto ó acompañado del culto interior. De aquí los sacrificios, los cánticos, las alabanzas, los altares, los templos, todas estas bellas ceremonias y todas estas santas solemnidades que se hallan mezcladas en las adoraciones, que la santa Iglesia católica tributa à Dios... Desde los orígenes del mundo Abel ofrece al Criador sacrificios que el mismo se digna aceptar con agrado: Noé, al salir del arca, Abraham en muchas circunstancias, rindieron igualmente al Señor este culto exterior que consiste en los sacrificios. En la Ley que Dios dió à los Judíos por medio de Moisés, él mismo prescribió los ritos y ceremonias exteriores, con que quería ser adorado. Por lo demás la razon misma nos demuestra que la adoracion interior, para ser verdadera, debe manifestarse por signos exteriores... El vasallo se inclina ante su príncipe, para testificarle el respeto interior, de que se siente penetrado ante la dignidad de su persona; así tambien nosotros nos arrodillamos, nos prosternamos delante de Dios en testimonio de nuestro respeto y sumision à su Majestad soberana...

PERORACION. — Terminemos, hermanos míos, esta instruccion por un ejemplo, que nos demuestra, que solo el Dios verdadero tiene derecho à nuestras adoraciones; y al mismo tiempo veremos como protege Él à sus fieles adoradores... Leemos en nuestros libros santos¹, que Nabucodonosor, al tiempo en que tenia cautivos à los Judíos, hizo levantar una grande estatua en medio de la plaza pública. Desvanecido por sus triunfos, y cegado por su orgullo hizo pregonar, que todos sus súbditos debían bajo pena de muerte adorar aquel idolo... Tres mancebos Hebreos que servían en la corte de este príncipe, rehusaron someterse à esta órden impía y ofrecer à una vil estatua los homenajes, que solo son debidos al sér supremo... Irritado el rey los hizo comparecer ante su presencia. — ¿ Es verdad, les dice, que vosotros osais despreciar mis

1. Daniel c. vi.

mandatos y os negais á adorar la estatua que yo he hecho levantar? — Príncipe, respondieron los tres jóvenes, cuando sean justas vuestras órdenes, nosotros las ejecutaremos; pero, la que nos manda adorar vuestra estatua, es contraria á nuestra Ley; nuestro Dios nos prohíbe acatarla. — ¡ Insolentes, replicó Nabucodonosor, arrebatado de cólera, vais á morir; y entonces se verá, si vuestro Dios es bastante poderoso para libraros de mis manos. — Sepas, o rey, que nuestro Dios es bastante poderoso para librarnos de tus manos; y aunque Él no quiera hacerlo, ten entendido que nosotros no adoraremos mas que á Él solo. — El rey los hizo arrojar á un horno encendido; pero Dios velaba por sus fieles servidores; la llama ardiente no pudo devorarlos, y pascándose ellos en medio de las brasas, cantaban este bello cántico, llamado *el cántico de los tres niños en el horno*, y en el cual invitan todas las criaturas á unirse á ellos, para adorar y bendecir al Señor.

A ejemplo suyo seamos fieles, carísimos hermanos, en guardar para Dios solo los homenajes y adoraciones de nuestros corazones; cada mañana y cada noche y aun cuantas veces podamos entre día, en medio de nuestras ocupaciones, levantemos nuestros ojos hacia este Dueño soberano, cuyas criaturas é hijos somos... Reconozcamos su grandeza, bendigamos su bondad, sometámonos á su santo imperio; seamos para Él acá en la tierra sus adoradores *en espíritu y en verdad*. Así mereceremos ser asociados allá arriba en la patria bienaventurada á las adoraciones que los Angeles y los Santos le ofrecen y le ofrecerán por toda la eternidad. Así sea.

CUARTA INSTRUCCION.

PRIMER MANDAMIENTO.

SEGUNDA INSTRUCCION.

SOBRE LA FÉ : SU NECESIDAD, SUS CUALIDADES ;
ELLA DEBE SER VIVA.

TEXTO. — *Sine Fide autem impossibile est placere Deo*. Mas sin la fé es imposible agradar á Dios.

(HEBREOS., C. XI, 6).

EXORDIO. — Hermanos míos, os dijimos en la instruccion anterior, que debíamos á Dios la adoracion de nuestro espíritu ó de nuestra inteligencia y que esta adoracion consistia en la Fé, virtud sobrenatural, don de Dios, que nos mueve á creer todas la verdades reveladas por Jesucristo y enseñadas por la Santa Iglesia católica... Comencemos esta mañana por rezar con pausa y reflexion el acto de Fé. — Dios mío, creo firmemente todas las verdades que la Iglesia católica romana me propone para creer, porque vos que sois la verdad misma, se las habeis revelado. Así es, hermanos míos, que nos apoyamos en la autoridad de Dios y en su palabra infalible, cuando creemos los misterios de nuestra santa religion y las enseñanzas que de ellos dimanar... La historia nos hace saber, que ciertos filósofos de los tiempos antiguos miraban con tanto respeto la autoridad del fundador de su secta y tenían tanta confianza en su palabra, que á todas las dificultades que se les oponían, se contentaban con responder: « *El maestro lo ha dicho...* » Sin embargo, o discípulos de Pitágoras, vuestro maestro era un puro hombre sujeto al error; y ¡ cuántos absurdos no enseña él! — No importa, él lo ha dicho, *dixit*, y esto nos basta para creerle. ¡ Oh cuánto mas seguro y mejor fundado va el cristiano en sus